

ESPIA



Y 3

VEINTE AÑOS DE SERVICIO SECRETO



MEMORIAS DE GORDON LONSDALE

"Arresto y juicio", que aquí transcribimos, es el capítulo V de las memorias de Lonsdale. Detenido en enero de 1961, la causa se vio en marzo del mismo año. Al escuchar la sentencia pronunciada por Lord Parker, presidente del tribunal de Old Bailey, Lonsdale dijo: "Acepto plena responsabilidad por mis actos, cualquiera que sea la repercusión personal". Lonsdale estuvo en varias prisiones, entre ellas la de Winson Green, en Birmingham, y Wormwoor Scrubs. Un recluso de ésta dijo de Lonsdale: "Hablabas de que se había arriesgado para hacer espionaje a favor de la U.R.S.S., y que por ello siempre esperaba con calma el momento de ser detenido. Esta resignación es una parte esencial del entrenamiento para actuar como agente secreto. Aceptó la sentencia como si se tratara de un cambio lógico de empleo".

Scotland Yard pensaba que Lonsdale era "un espía de capacidad demoleadora". El juicio de Lonsdale sobre la Policía inglesa difería mucho del que ésta tenía de él.



El espía soviético Lonsdale acaba de pasar al Berlín Oriental. Los ingleses aceptaron el canjearlo por el «hombre de negocios» Greville Wynne, que había sido detenido por los rusos. Gordon no puede evitar una sonrisa.

ARRESTO Y JUICIO



Henry Frederick Houghton, hombre de poco carácter y de conducta dudosa, era ex oficial de policía de la Marina Real. Fue miembro de la delegación cultural británica en Varsovia durante 1951-52, pero lo repatriaron por sus actividades en el mercado negro. Luego trabajó en la base de Portland, en las armas submarinas. Lonsdale quedó sorprendido de que Houghton pudiera ocupar un puesto de cierta importancia en una base militar.

A últimos de 1960 me di cuenta de que seguían mi rastro. Había estado fuera de Inglaterra durante seis semanas, por asuntos que ni siquiera ahora puedo revelar, y volví del continente en la segunda mitad de octubre. La mañana siguiente a la llegada, me dirigí a mi Banco, en la sucursal de Great Portland Street del Midland Bank, para recoger una valija que había dejado allí para mayor seguridad. En cuanto la abrí me di cuenta de que la habían registrado. Como sabe todo lector de novelas de espías, hay muchas maneras de detectar tales registros, y la gente de mi profesión tiene naturalmente que saber lo más posible sobre ellas. Al hacer el paquete preparé una trampa muy simple para los posibles entrometidos, y mi entrometido había caldo de lleno en ella. Un poco más de práctica le hubiera ayudado a no ser descubierto.

El registro de mi valija también me aclaró por qué el director del Banco me había detenido con no sé qué pretexto cuando fui a recogerla. El MI-5 se lo debió de pedir, para darles tiempo a ponerme vigilancia. Mi sospecha se confirmó en el juicio, cuando el director del Banco lo admitió así con bastante contrariedad. ¿Sabrán los clientes del Banco que éste es uno de los servicios previstos para la protección de sus intereses?

En realidad, yo había recibido un servicio de otra clase de este particular director de Banco. Tuve noticia confidencial de la conveniencia de adquirir ciertas acciones, y el director me había concedido un crédito de dos mil quinientas libras para un «negocio». En el plazo de un mes, las acciones habían subido por valor de casi un tercio, y el director se impresionó lo suficiente como para hacer él mismo una pequeña inversión. El valor de las acciones siguió subiendo, pero de repente recibí un aviso de mi «informador secreto» para que vendiera lo más rápidamente posible. Así lo hice; el siguiente domingo, uno de los más influyentes corresponsales de la City pinchó el globo y el precio se hundió y llegó al mínimo. Yo estaba en mi elemento y tranquilo, pero al parecer no ocurría lo mismo con el director. Quizá este pequeño incidente le hizo ser menos cuidadoso con mi valija.

Como era de esperar, mi piso de White House

también había sido registrado. Lo hicieron, por supuesto, sin autorización, de modo que las cosas estaban dispuestas para que pareciera un robo común. Para cubrir las trazas del registro, los intrusos robaron un reloj de pulsera despertador que sólo me ponía por la noche, pero se dejaron una valiosa cámara que estaba en el mismo cajón. Esta fue sólo la primera de una larga serie de «robos». Me pregunto cuál era la causa de esas comedias; es de suponer que las autoridades inglesas saben que un robo o un intento de robo es la más roja de todas las luces rojas para un agente secreto experimentado.

En vista de todo esto, no me quedaba duda de que sería más bien peligroso guardar mi conexión con Houghton. Sin embargo, decidí ir a la cita próxima porque, conociendo a Houghton, tenía miedo de que hiciera intentos de verme, y de que esto lo pusiera en un peligro todavía mayor. Pensé que era mi deber avisarle del peligro; así fue cómo este día fatal, 7 de enero de 1961, fui a mi cita con Houghton en Waterloo Bridge Road. En el camino me aseguré, como siempre, de que nadie me seguía. Unos segundos antes del momento de la cita (una regla elemental del Servicio de Información es ser siempre enormemente puntual, ni tarde, ni temprano) llegué a la calle y empecé a caminar hacia el sur del puente. Pronto vi a Houghton, y, con bastante sorpresa, a Gee, que cruzaban la calle enfrente de mí. Incluso antes de llegar allí me propuse que la cita fuera lo más corta posible, así que les dije que iba a dejar el país por una temporada y que informaría a Houghton por correo de nuestro próximo encuentro. En este momento, miss Gee me puso su bolsa en la mano, explicando que en ella tenía todo lo que le había pedido para mí. Realmente yo no le había hecho ninguna petición; pero, antes de que encontrara una objeción y le devolviera la bolsa, oí un chirrido de frenos detrás de mí. Más tarde pasé mucho tiempo pensando por qué habría traído Hough-

thon a Gee con él y por que le habría dicho que trajera esos documentos. Sólo hay una posible solución: el MI-5 localizó a Houghton algún tiempo antes de nuestro arresto y le había convencido de que les condujera hasta mí. Por este servicio se le prometió, sin duda, una sentencia más suave. Pero volvamos al puente de Waterloo.

Los motivos de un espía

Miré para atrás y vi tres coches parados en la acera —los usuales vehículos indescritibles que se usan para estos menesteres en todo el mundo— y una docena de hombres fuera de ellos con sus tradicionales impermeables sucios. Sus pistolas asomaban por los cinturones. Parecían una pálida caricatura de los hombres de Edgar Hoover irrumpiendo en un depósito de bebidas prohibidas. ¿Esperaban realmente que yo llevara artillería? Ninguno nos dijo (como afirmó más tarde en el juicio y bajo juramento el superintendente C. G. Smith): «Soy oficial de Policía y están detenidos». Lo único que hicieron fue abalanzarse a través de la calzada y apresar nuestras muñecas. A mí me empujaron al primer coche, y el conductor informó por radio de que habían «cogido el lote» y volvían al cuartel general vía Westminster Bridge. El hombre que estaba a mi izquierda (Ferguson Smith, que había pasado la noche en Portland y había seguido a Houghton en su camino hasta Londres, y que estaba pidiendo a gritos un afeitado) me cogió la muñeca y trató de contarme el pulso mientras cruzábamos el puente.

—¿Es usted médico? —le pregunté.

—¡No —contestó—, para ti soy Scotland Yard, viejo! —como si yo todavía no me hubiera dado cuenta...

Pero por lo menos dejó en paz mi pulso. Parecía que le resultaba difícil comprender mi calma. No se le ocurría a aquel polizón asalariado que

Ethel «Buntz» Gee, amante de Houghton. Suministró a Lonsdale ciertas informaciones sobre actividades de la OTAN y fue condenada después a quince años de reclusión. «Me dio la impresión de una persona simpática y campechana y me preguntaba cómo habría podido juntarse con Houghton», dijo Lonsdale.





Gordon Lonsdale y Neville Armstrong, su editor inglés, en la Plaza Roja, de Moscú, un día de mediados de julio de 1965. Al fondo, la iglesia de San Basilio.

los agentes secretos que trabajan por motivos ideológicos y por patriotismo en lugar de por dinero son gente de una pasta especial, cuyas vidas están dedicadas al riesgo, para los cuales el arresto es una posibilidad de cada día, y que están preparados para aceptar severos castigos con ecuanimidad, como un accidente inevitable en su trabajo. Naturalmente, uno hace todo lo posible por escapar del arresto, pero si éste llega, lo acepta como un hombre. Es lo mismo que la actitud de los soldados profesionales en la batalla: evitan las balas todo lo que pueden, pero si no les es posible, encaran la muerte.

Era capaz de reflexionar que la detención, o algo peor, podía haberme sucedido en cualquier momento de los veinte años precedentes; pero este pensamiento pasó rápidamente, como el disparo de una cámara. Dejando de pensar en mi propio destino, empecé a revivir febrilmente mis recientes actividades pasadas, preguntándome quién más —aparte de mí— podía haber caído en la redada. El resultado de esta rápida revista fue alentador. Mi operador de radio estaba fuera, lo mismo que otros muchos que se hubieran visto seriamente comprometidos con mi arresto.

Mis pensamientos volvieron al próximo encuentro con el superintendente Smith. En mi imaginación, empecé a formarme una imagen suya derivada de amplias lecturas de literatura criminológica. Era la imagen del maduro policía británico, metódico y tenaz sin duda, que levanta las piedras en la búsqueda y la interpretación de las pistas, que lleva el mando de una organización policíaca buena, pero de ninguna manera de primer orden; en otras palabras, bien equipado para intimidar y «ser más listo» que el criminal de pequeña categoría, pero carente de agudeza y de imaginación, desconcertado cuando tiene que enfrentarse con una banda criminal bien organizada, como la que llevó a cabo el robo del tren correo de Glasgow. También, seguramente, sin ninguna probabilidad ante un agente secreto bien entrenado e inspirado por el amor a sus principios y a su país. Por fortuna para mí, la imagen que me había formado resultó ser como una fotografía del gran Smith. La primera impresión de que mis deducciones estaban bien fundadas la tuve a la llegada a Scotland Yard. Me llevaron, a través de varios pasillos y escaleras, hasta la sección especial del cuartel general. En este «sancta sanctorum» de los expertos de la policía británica, me quedé verdaderamente confundido por la falta de disciplina. Todo el mundo se abalanzaba fuera de sus habitaciones y se me quedaba mirando con la boca abierta, como si nunca en su vida hubieran

visto a un agente secreto. Toda esta conmoción me subió bastante la moral y por ello no me extrañaría que en aquellos momentos adoptase un aire como de fanfarrón. Veía claramente que no eran más que un puñado de aficionados preparados para trabajar contra criminales comunes, pero que no sabrían cómo manejarme a mí. En rigor, habría que decir que no tenían ni idea de que yo poseía estudios de leyes, y de que me había roto la cabeza estudiando la ley inglesa en lo que concierne a actividades como la mía.

Me llevaron a la sala de interrogatorios de la sección especial. Al entrar por la única puerta vi que la mesa del oficial que interroga estaba a la izquierda. Enfrente de mí había una gran ventana, a la derecha de la cual se hallaba otra mesa. También había una butaca, destinada, al parecer, para mí. En esta sala me mantuvieron sujetas las muñecas hasta que se presentó Smith. Fue nuestro primer encuentro cara a cara y la impresión inmediata sobre el oponente confirmó mi confianza. Me dijo, por primera vez, que estaba detenido bajo sospecha de espionaje. Me desnudaron, dieron la vuelta a los bolsillos y el contenido de éstos cayó encima de la mesa. Mis ropas fueron registradas pieza por pieza, más o menos enteramente. En vista de todo el jaleo que armaron después en el juicio mis «microdots», se hubiera podido pensar que, por su gusto, hubieran hecho un examen microscópico de mi ropa. Por último, me soltaron las muñecas y me permitieron volverme a vestir; sin embargo, Smith se guardó la corbata y los cordones de los zapatos para evitar que me estrangulara en su presencia; cuando me sacaron de Scotland Yard me los devolvieron, y nadie se preocupó de volvérmelos a quitar. En qué punto Smith decidió que yo no iba a estrangularme, que se me podían confiar la corbata y los cordones de los zapatos, eso es un acertijo sumergido en el enigma de su ponderada mente. ¿O es que, sencillamente, una vez fuera de Scotland Yard yo no era ya de su responsabilidad personal?

Iban a retirar de la mesa mis efectos cuando le pedí a Smith que los anotara y que contara el dinero.

—¿No sabe usted cuánto dinero tenía? —preguntó Smith.

—Desde luego que sí lo sé —contesté—, pero quiero que usted sepa que lo sé.

Al final quedó hecha la lista de los bienes y me la enseñaron. Me di cuenta en seguida de que una de mis plumas estaba anotada como «un bolígrafo».

—Un momento —dije—, esto es una Parker —y la cogí.

Smith gritó con tal pánico en su voz que parecía pensar que la estilográfica era un arma escondida como las que se ven en las películas. No pude evitar el decirle que, en mi opinión, no debía leer tantas novelas de detectives.

un policía honorable...

Menciono este incidente como una ilustración de la aparente extraordinaria falta de cuidado que tiene la policía británica en su trato con la propiedad de los sospechosos. Más tarde me enteré de que no es falta de cuidado, sino latrocinio sistemático. Supe que el mechero Dunhill de oro de Houghton fue anotado como cobre. No me cabe la menor duda de que a no ser por mis protestas me hubieran devuelto un bolígrafo de un chelín a cambio de mi Parker. En lo referente a mi dinero, del que tenía, entre americano e inglés, alrededor de trescientas libras, es una triste historia que contaré a su debido tiempo. La inquietud que se ha producido recientemente entre el público y la prensa inglesa ante la evidencia de la corrupción, cada vez más grande, de su famosa fuerza de policía está perfectamente bien fundada. Después de toda esta palabrería sobre el registro y la anotación de los efectos personales, Smith empezó a interrogarme. Sin duda se había pasado largas noches pensando cuál sería el mejor método para hacerme hablar. Tengo una sensación clara de que me quedé parado cuando escuché su gambito de apertura.

—Por su propio interés debe decirlo todo, de modo que mejor será que hable.

A duras penas conseguí mantener la cara correcta, pero realmente lo intenté. Hablando con tanta solemnidad como un juez, le recordé a Smith que, de acuerdo con la ley inglesa, debía de haberme prevenido de que cualquier cosa que dijera a partir de entonces se anotaría y podría usarse en contra mía como prueba. Esto realmente le sorprendió, e incluso pareció algo avergonzado, si ello es posible en un policía.

—Bien —gruñó Smith—, realmente yo no le estaba interrogando. Y en cualquier caso, sabemos todo lo referente a usted, y todos los pasos que ha dado en sus seis meses de estancia en Inglaterra.

Al recordarle a Smith lo referente al aviso había tocado un punto en carne viva. Es una práctica notoriamente común en las fuerzas de la policía inglesa el arrancar por la fuerza confesiones sin el debido aviso previo e intimidar luego a los sospechosos para que las firmen. Lo que es todavía más curioso es que el abogado **SIGUE**



si es
COINTRA
estoy
tranquila



¿QUE TIENE ESTE FRIGORIFICO?

Todo lo que un buen frigorífico debe tener: gran poder de congelación, grupo motor silencioso, cierre hermético por electroimanes, gran capacidad y líneas cómodas y funcionales, y un acabado perfecto.

ECUATORIAL CONTROL, sin embargo, es específico del frigorífico COINTRA, gracias al cual, con grandes temperaturas exteriores, puede trabajar normalmente y con el mínimo consumo.

Claro que lo más importante puede resumirse en dos palabras: **SERVICIO Y CALIDAD**. Si, el frigorífico COINTRA está fabricado sabiendo que tiene que trabajar duro y durante mucho tiempo.

Con la garantía de una red de distribución y servicio en cualquier punto de España.



calentadores



frigoríficos



cocinas



lavadoras
super
automáticas



COINTRA POR UNA VIDA MAS FACIL

defensor parece adoptar un punto de vista singularmente condescendiente con esta ruptura de la ley por parte de la policía. Raramente piden que se rechace el caso, incluso cuando la confesión ilegalmente conseguida es la única prueba contra el acusado. Se puede recordar el caso bien conocido de Allan Nunn May, quien fue condenado a diez años de prisión por espionaje en 1946. La única prueba presentada por el fiscal fue la confesión de May, hecha sin haberle prevenido. El abogado defensor de May dijo realmente al tribunal que pasaría por alto el hecho de que, al parecer, había habido ciertas irregularidades en la obtención de la confesión. (Estoy hablando de memoria y no puedo reproducir las palabras exactas, pero cualquiera que se tome el trabajo de consultar el informe, se encontrará con que no he deformado el sentido de sus anotaciones).

Volvamos al omnisciente Smith. Naturalmente había caído incautamente en mis manos.

—Muy bien —le dije—. Si usted ya lo sabe todo, no perdamos el tiempo hablando, y, a propósito, llevo en Inglaterra seis años, no seis meses. Alguien le ha engañado: ocúpese de él.

Añadí que quería telefonar a mi abogado, pero Smith se levantó y dijo que tenía que ir a alguna parte. Pude hablar con mi abogado a su vuelta. Volvió a las tres de la mañana. Desde entonces había estado pensando largamente sobre los posibles propósitos que había detrás de todo este trucaje infantil. Si se trataba de impresionarme, realmente lo consiguieron; pero mi impresión no era particularmente halagüeña para el superintendente Smith.

Irregularidades y té

Dos o tres detectives armados permanecieron conmigo mientras Smith estaba fuera. Se estuvieron relevando constantemente. De vez en cuando alguno de ellos hacía esfuerzos por entablar conversación conmigo. Uno de estos «barbudos ansiosos» destacaba de los demás lo mismo que un «pulgarr malo», a causa de su acento de Oxford y sus vestidos. Era la única persona «U» que había allí (incluidos tanto Smith como Ferguson Smith, que trataron, con bastante poco éxito, de exagerar lo más posible su acento en mi honor). (Es de suponer que «U» se refiera a University, N. del T.) Era obvio que este hombre de Oxford (¿o sería de Cambridge?) pertenecía al Servicio de Seguridad y no a la sección especial. Como una reflexión posterior sobre la escrupulosa legalidad de todos estos procedimientos, puedo mencionar el hecho de que los miembros del Servicio de Seguridad del Reino Unido no pueden arrestar a nadie ni interrogarlo sin su consentimiento. En parte por pasar el rato y en parte por fastidiar, pregunté al hombre de Oxford su puesto. Dijo que era sargento de la sección especial. Noté una mirada que se cruzaba entre los otros dos detectives y dije: «¿Le hace poco días que los sargentos de la policía habían tenido un aumento de sueldo. ¿Cuánto cobran ahora?».

De hecho, yo no había leído nada de esto. Sin embargo, el sargento de pega demostró no hallarse nada cómodo y se fue de la habitación murmurando algo. Los detectives se quedaron divertidos y regocijados y llegaron hasta el extremo de ofrecerme té. No soy particularmente aficionado al té a la manera como se hace en Inglaterra, pero ya era medianoche y no me hablan dado nada en todo el día. No es que esto sea sorprendente. No hay facilidades para alimentar a los prisioneros en Scotland Yard; no es una comisaría y las personas arrestadas no deben de ser llevadas allí por la fuerza. Pero las reglas se hacen para romperlas, incluso en Inglaterra. Debo confesar que sentí bastante asombro al ver, a lo largo del día, con qué tranquilidad los guardianes de la ley rompían el precioso objeto que debían custodiar.

Cuando volvió Smith me dijo que había encontrado claves y dinero en mi piso y volvió a caer en la vieja rutina de decirme que sería mejor que hablase. Le contesté que no contestaría a una sola pregunta hasta haber visto antes a mi abogado; tuvo la insolencia (o quizá la inocencia) de intentar conmigo todos los trucos que son corrientes para embucar a las clases criminales. Finalmente, dándose cuenta de que ni siquiera un superintendente de la sección especial puede hacer

ESPIA



En el acceso del sector americano de Berlín Oriental, el señor Neville Armstrong, editor del libro «Spy», y el escritor O. F. Snelling, que le puso en contacto con el espía Lonsdale. Estamos en febrero de 1965.

caso omiso de la ley por muchas horas consecutivas, me dejó en paz y me permitió amablemente que telefonara a mi abogado.

Eran las siete de la mañana de un domingo. Mi infortunado abogado estaba medio dormido cuando le llamé. Pero se despertó bastante rápidamente.

—¿Por qué está usted en Scotland Yard? —preguntó—. Si está usted arrestado debería estar en una estación de policía.

Le contesté que yo también estaba sorprendido de la cantidad de ilegalidades cometidas por la policía desde mi detención forzosa en el Waterloo Bridge Road. Entonces, incluso Smith mostró signos de vergüenza a través de su frustración general, y se dispuso a remediar rápidamente la debilidad de su posición. En cuanto colgué el teléfono me llevó a la comisaría de Bow Street. Houghton y Gee también fueron llevados allí en otro coche. En el mío iba, a mi lado, un policía que decía ser de extracción polaca (tenía mucho acento) y que trataba de mostrar simpatía por mi caso. ¿Me lo pusieron por si acaso quería contarle algo confidencial? Después de los burdos métodos que había observado, no debía sorprenderme. ¡Cuán estúpidos pueden llegar a ser!, me dije a mí mismo. Pero todavía faltaba bastante que ver.

El encuentro con Houghton en Bow Street fue el primero desde que nos arrestaron. Yo esperaba que me hiciera responsable de todos sus pesares y me dedicara la más negra de sus miradas. En realidad, su actitud fue algo diferente, no tan hostil como yo había previsto. Desde ese día he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre su reacción, y estoy bastante seguro de que he obtenido por lo menos algunas respuestas correctas.

En primer lugar, creo que se quedó sorprendido al verme embarcado en la misma barca que él; probablemente se imaginaba que me protegería el privilegio diplomático y que mi castigo se limitaría a la expulsión del país. Por una parte estaba impresionado de que yo hubiera compartido los mismos riesgos que él, por mi propia voluntad, y, por otra, se hallaba satisfecho de que yo también tuviera que pagarlo.

En segundo lugar, mi opinión es que estaba convencido que su pronta decisión de confesarlo todo, y de colaborar con la policía, le ganaría una sentencia nominal. Seguramente no esperaba más de tres años. Su convencimiento de que estaba en una

salida mucho mejor que la mía hizo posible que me miraba desde un pedestal, con cierta consideración satisfactoria. Su confianza quedó frustrada en el juicio, cuando Houghton se derrumbó penosamente al oír que su sentencia era de quince años.

Lógicamente fue un golpe tremendo, y ello me convence de que alguien con autoridad le había asegurado un tratamiento suave si les ponía en contacto conmigo. Como digo más arriba, he llegado a la conclusión de que la policía se había puesto en contacto con Houghton algún tiempo antes de nuestro arresto del 7 de febrero. Por su carácter, no les debió costar nada intimidarlo para que los condujera hasta mí, sobre todo si la intimidación iba acompañada de promesas. Si fue así, el pobre Houghton estaría tristemente decepcionado. Pero la gente que vive de miedos y de esperanzas en lugar de principios está siempre abocada a estas decepciones. Esta interpretación, al mismo tiempo, es enteramente consistente con el «amateurismo» general que mostró la policía en su manejo del caso. Embaucando e intimidando a un carácter débil encontraron su verdadero nivel.

acusaciones formales

A las diez de la mañana nos llevaron a la sala de cargos. Allí, ante mi sorpresa, vi a los Kroger por primera vez. No me dio demasiado disgusto el verlos, ya que sabía que eran inocentes y no tenía ni idea de que estaban en serias dificultades. Al mismo tiempo, su presencia me hizo sentirme incómodo. En primer lugar, sentía haberles causado lo que imaginaba entonces que era un ligero inconveniente. Pero, en segundo lugar, y mucho más importante, ya debían conocer por aquel entonces que yo había abusado de la confianza y la amistad que me habían dispensado en medida tan generosa. Yo había explotado su generosidad y su mano abierta, sobre todo durante sus ausencias, para llenar su casa de Ruislip con material acusatorio. Incluso después de su inmediata puesta en libertad (que esperaba plenamente cuando los vi por primera vez) serían objeto de las murmuraciones, posiblemente maliciosas, de sus vecinos.

Sin embargo, ninguno de los dos demostraba el menor gesto de hostilidad, ni en la mirada ni en el gesto. Siendo, como eran, tan

SIGUE

indiscutiblemente buenos por sí mismos, eran incapaces de ver el mal en los otros. Estaba claro que, aunque ellos debían saber que yo era bastante diferente de lo que pretendía ser, confiaban en mis buenas intenciones. Por si acaso llegan a leer alguna vez este relato, me gustaría tener la oportunidad de decirles que su declaración fue correcta: yo actuaba en nombre de la Humanidad, una Humanidad que ellos honran tanto como yo. Vivo en la diaria esperanza de que su caso sea reexaminado y de que su inocencia sea plena y finalmente establecida.

Todavía estos pensamientos cruzaban mi mente cuando, casi veinticuatro horas después de estar arrestados, fuimos acusados formalmente. Mi incomodidad acerca de los Kroger creció agudamen-

te cuando vi que estaban siendo tratados tan a patadas como yo. Todavía no puedo creer que la policía los acusara también a ellos. Smith nos pidió las huellas dactilares. Houghthon y Gee estuvieron de acuerdo en dar las suyas, pero los Kroger y yo rehusamos. También rehusamos firmar una lista de los artículos que se nos encontraron encima; entre los míos estaba el bolso de Gee. Como había sido examinado en mi ausencia, naturalmente me negué a aceptar la palabra de Smith sobre su contenido. Al mismo tiempo lei la lista de los documentos encontrados en su bolsa con cuidadosa atención, probablemente por hábito profesional. Más tarde, en el juicio, me quedé asombrado de que sólo una selección de esos documentos fue alegada como prueba, pero mi asombro no duró mucho; pronto me di cuenta de que los documentos omitidos eran los relacionados con ciertas actividades norteamericanas en Europa, y especialmente en Gran Bretaña. La difusión de esos documentos hubiera producido un clamor público en todos los países de la OTAN, particularmente en Gran Bretaña y en los Estados Unidos incluso.

Podría nombrar la mayoría de esos documentos ahora, pero no lo haré porque esto daría a las autoridades un pretexto para suprimir mi libro invocando el Acta de Secretos Oficiales. Podría parecer raro al lector que secretos conocidos por un «enemigo potencial» (es decir, yo mismo) sean todavía guardados celosamente contra una más amplia difusión. La razón es que una tal difusión haría surgir no sólo una violenta indignación popular contra los Estados Unidos, sino que también minaría la confianza del público inglés en sus autoridades. El «sistema establecido» británico no se puede decir que demuestre tener mucha confianza en el público inglés, y no siente ningún deseo de atraerse la desconfianza de dicho público.

A su llegada, mi abogado fue conducido a mi celda. Como la mayoría de los abogados ingleses, es correcto hasta la pesadez, y en aquella su primera visita a una celda de policía, se mostró visiblemente sacudido por la manera como estábamos acomodados: un banco de madera para dormir, una manta delgada y mugrienta, y el primitivo aparato que se pretende hacer pasar por un WC en las comisarías inglesas. ¡Todo esto mucho antes de que nos hubieran juzgado, y de estar convictos! Le pedí que se hiciera cargo de representarnos legalmente a mí y a los Kroger. No me sentí obligado ante mí mismo a pedirle que se encargara también de Houghthon.

Yo había oído cómo éste le decía a Gee que había hecho una declaración y que le aconsejaba hacer lo mismo. Se veía claramente que estaba colaborando con la policía y con el MI-5 sin ningún remilgo. No quiero ser duro con Houghthon, especialmente no siendo él el tipo que podría aguantarlo. Pero de nosotros cinco, sus motivos eran los menos valiosos; no había dudado siquiera arrastrar tras él a su «girl-friend».

mercancía de prisioneros

Por alguna razón desconocida, fuimos alojados temporalmente en la sección de mujeres. Cuando llegamos, las ocupantes originales habían sido llevadas a otro sitio, pero durante la noche varias prostitutas borrachas nos vinieron a hacer compañía, y las horas pasadas con ellas enriquecieron ampliamente mi conocimiento de la lengua inglesa. Era un triste espectáculo, pero la mañana me traje algo más de alegría. Yo había pedido a una mujer policía que me dejara salir para lavarme, como había hecho la tarde anterior. «No le puedo dejar ir sin escolta —contestó—; he visto los papeles y ahora ya sé quién es usted». Eran unas noticias magníficas y se lo agradecí, aunque en realidad ya lo esperaba.

El lunes, 9 de enero, a las diez de la mañana, nos llevaron ante el juzgado número 1 del Tribunal de Magistrados de Bow Street. Smith subió al estrado de los testigos y pidió al magistrado que nos volviera a retener en custodia. Yo ya había instruido a mi abogado de que pidiera una fianza. Por supuesto, sin la más ligera oportunidad de obtenerla, pero la cosa estaba pensada para sa-

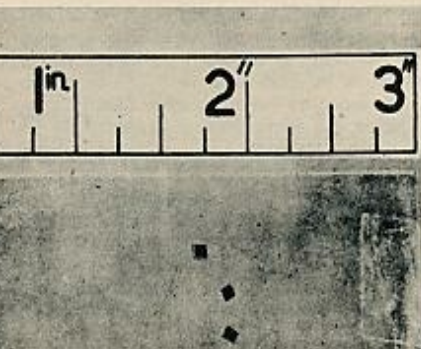
car un poco más de información de la policía. Smith se vio obligado con ello a dar más detalles que me fueron extremadamente útiles. Y no sólo a mí. Fuera del Tribunal había otros con los oídos bien abiertos, pegados al suelo. Era una conclusión prevista que el magistrado aceptaría la palabra de Smith. Fuimos reencarcelados por siete días.

En teoría, nadie en el Reino Unido puede ser encarcelado de nuevo, sin una audiencia previa, más de siete días. Después de todo, es algo básico en la ley inglesa el supuesto de que un hombre es inocente hasta que no se demuestre lo contrario, y los hombres inocentes no pueden estar encarcelados. Pero en la práctica, como todo el mundo sabe, se puede retener a uno en custodia por todo el tiempo que le convenga a la Policía. Sencillamente, se lleva al acusado cada siete días ante el magistrado y después se le vuelve a mandar a la cárcel. De esta manera, todo el mundo queda contento, excepto el acusado «inocente». Como resultado de esta evasión del espíritu de la ley fuimos llevados al Tribunal todos los lunes, hasta que Smith anunció que estaba preparado para la audiencia preliminar, el 7 de febrero. Fuimos llevados a la prisión de Brixton, en la «Black Maria» (conocida entre los criminales como «el yegón del ganado»). En primer lugar entramos en la «recepción», donde todos los prisioneros reencarcelados eran introducidos en pequeños cuartitos que en realidad deberían llamarse jaulas de pájaros. Cada jaula contenía dos o tres personas. Nosotros tres: Kroger, Houghthon y yo fuimos colocados amablemente en el mismo cuartito. Aparentemente alguien quería saber qué íbamos a discutir. Siento decir que los resultados debieron ser decepcionantes, porque no se reveló nada de interés, ni en el cuartito ni en ningún otro sitio.

En nuestros días, la necesidad de la higiene es ampliamente aceptada o, al menos, alardeada por todo el mundo. Esto tiene su efecto en el Servicio de Prisiones británico. Después de que fuimos desvestidos completamente, y nuestras rojas registradas, todos los objetos que nos pertenecían fueron anotados y sólo se nos devolvieron los trajes. Relojes, dinero, plumas, sortijas, etc., nos fue todo retenido. Antes de vestirnos estaba previsto bañarnos. Es imposible hacer justicia a este «baño». En cuanto uno de los prisioneros salía de la bañera, ésta volvía a ser llenada inmediatamente, sin tiempo de poder ser fregada. Estuve casi tres meses en Brixton y nunca noté un cambio en su aspecto mugriento. Los encargados de vigilar el proceso del baño eran prisioneros convictos, y pronto aprendí que se podía uno ahorrar esta molesta operación por el simple procedimiento de dar al que estuviera de turno un cigarrillo o incluso una colilla. Fue la primera vez y la última que pasé por este trance; en adelante usé la ducha de la prisión.

Pasamos nuestra primera noche en el hospital de la prisión, donde están sujetos a observación todos los prisioneros acusados de delitos serios. Nuestra sala contenía quince o dieciséis hombres acusados de crimen. Un oficial de la prisión estaba continuamente presente, para evitar intentos de suicidio (que son muy frecuentes a este nivel). Eran las once de la noche cuando nos metimos en la cama; yo me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Peter Kroger durmió muy bien también, pero Houghthon admitió que no pudo dormir en absoluto. Quizá a causa de esto, el próximo día, Kroger y yo fuimos trasladados a la sección normal de reencarcelados. Aquí, los prisioneros están en solitario confinamiento a lo largo de todo el día, excepto durante una hora de ejercicio y para las comidas. De esto último no hablaré, porque incluso hoy, cuando pienso en esta comida, me pongo enfermo. Sin embargo, hasta que está convicto, un prisionero tiene derecho a comer con una botella de cerveza o media de vino, enviada una vez al día desde el exterior. Yo aproveché este privilegio.

Brixton, de hecho, es una especie de estación de mercancías de prisioneros, a donde llegan y de donde parten para los varios Tribunales y prisiones a los que están consignados. Fue una experiencia comprobar que todavía existían, en 1961, tales vaciaderos, pero éste es un asunto al que volveré más tarde. Nuestra primera noche fue reveladora: cuatro de nosotros dormimos sonoramente, el quinto a duras penas pegó ojo. De



Abajo aparecen tres micropuntos de un tamaño aproximado a un milímetro. Por medio de este procedimiento transmiten los espías sus mensajes. Uno de ellos contiene el texto de la página de un libro que se reproduce arriba y que es una carta enviada desde Moscú a Lonsdale por su mujer. El texto fue hallado en el bolso de Helen Kroger. El mensaje dice, entre otras cosas: «9 de diciembre de 1960. Hola, amor mío. Recibe mis mejores deseos en el día del cuarenta y tres aniversario de la revolución de octubre. Esperaba cartas tuyas, pero parece que sólo las recibiré al final de este mes. Aquí, mi trabajo marcha bien. Me siento muy sola... Comprendo todo lo que de tu trabajo y el de tu amigo, y lo que dije acerca de su trabajo y de su excelente posición prosoviética... Hay en mí un gran vacío... Mi mayor felicidad es cuando terminan las vacaciones y empiezan los días laborables de nuevo... Si fuese posible, te ruego que entregues a KNE 2.500 rublos al mes». El mensaje sirvió al departamento especial de Scotland Yard para identificar a Lonsdale. Entonces supieron que no era canadiense, sino ruso.

los cuatro durmientes, los Kroger estaban tranquilos en su inocencia, confiados en su rápida reivindicación; yo me mantenía firme pensando que había dado lo más posible de mí para cumplir con mi deber; lo de Gee es un poco difícil de explicar, puede ser que careciera de imaginación. Sólo quedaba Houghton, que se agitó con inquietud toda la noche. Sus nervios habían empezado a ceder, en parte debido a sus ya antiguas infusiones de alcohol y en parte también porque estaba empezando a dudar del valor de las seguridades que había recibido de la Policía.

el «coco» en acción

En la audiencia preliminar, el caso contra nosotros fue presentado nada menos que por la luminaria del fiscal general, sir Reginald Manningham-Buller, más conocido en la Gran Bretaña por el nombre de Bullying-Manner. (Remedando su verdadero nombre. Quiere decir algo así como «asustañiños», literalmente «modos intimidantes». Nota del T.) Después de haberle visto actuar entiendo perfectamente que así sea, pero me temo que yo fuera un objeto muy pobre para sus pirotecnias. Después de mi larga experiencia de clandestinidad en guerra y en paz, no me asusto fácilmente. Conforme iba pasando el tiempo, empecé a sentirme extrañamente paternal hacia él, y a experimentar verdadera vergüenza cuando sus histrionismos cargantes se dejaban caer con todo su peso. Tal como me propongo demostrar, esto le sucedía muy a menudo. El hecho mismo de presentar el caso el fiscal general en la audiencia preliminar era poco corriente. La verdad es que las autoridades legales habían sido puestas en una posición bastante difícil por las chapucerías de la Policía. Sólo se puede castigar por espionaje si se puede probar que se ha pasado información a un enemigo potencial. Por el hecho de haberse arrojado sobre mí en la primera oportunidad, la Policía había perdido la posibilidad de pescarme en el acto de pasar información. Por lo tanto, no me habían cogido haciendo espionaje, sólo en posesión ilegal de secretos oficiales, una acusación menor del término medio. Sin embargo, los grandes fuegos legales estaban siendo empleados para ahogar la crítica legítima de los desaciertos de la Policía. Fuimos acusados, no de espionaje, sino de conspiración para espionaje. Es una práctica común el acusar de conspiración como un truco legal para usarlo en los casos en que no hay pruebas de que se ha cometido realmente un crimen.

Pero éste no fue el único camelo en el paquete de la acusación. Para probar que un hombre es

Cuando Gordon Lonsdale fue detenido, el Instituto de Lenguas Orientales lo expulsó de su recinto, enviándole un oficio cuidadosamente redactado y registrado que hizo sonreír al agente soviético y comentar: «Una declaración típicamente británica». Poco después comenzaría su resonante proceso.



ESPIA



En julio de 1965, Gordon Lonsdale se retrató junto a Neville Armstrong, director de sus editores ingleses, en los jardines del Kremlin. Al fondo se ve la Embajada británica. El agente soviético comentó en esta ocasión ante su amigo: «Este es un lugar excelente para fotografiarnos usted y yo». La sorna era evidente.

culpable de conspiración es suficiente probar el intento. Por ello, el máximo castigo, hasta bastante recientemente, era un año de prisión. Al principio de los cincuenta, sin embargo, un juez estableció que la conspiración, siendo un delito contra la Common Law (Derecho Civil no escrito), no tenía por qué tener castigo máximo. La sentencia dependería de la discreción del juez. Incluso así, se mantenía que el castigo por conspiración para cometer un crimen no excedería de los establecidos por el Acta del Parlamento, considerado el cuerpo legislativo supremo del país por la comisión real de ese crimen. Por ello, mi abogado defensor pensó que no me caerían posiblemente más de los catorce años establecidos por el Acta de Secretos oficiales. Como lo demostraron los hechos, lord Parker pensó de otra manera. Si yo le asesino a usted, me cuelgan. Si sólo intento asesinarle, pero no llego a hacerlo, me cuelgan dos veces.

De acuerdo con Smith, el Servicio de Seguridad lo sabía todo sobre mí; era un caso abierto y claro. Por ello, me quedé sorprendido al ver que la acusación intentaba introducir docenas y docenas de testigos. Hay un refrán antiguo que dice: «Cuantos más testigos, más débil es el caso». Pero estaba claro que se trataba de una cortina de humo del Tribunal, probablemente para suavizar al público inglés ante las salvajes sentencias que se iban a pronunciar.

Todos los pasos del juicio están registrados en los informes y no me voy a poner ahora a entrar en detalles aquí. Me contentaré con describir uno o dos de los más cómicos incidentes que se han quedado grabados en mi memoria. Comenzaré estas reminiscencias con la franca declaración de que las dignas y solemnes trampas del procedimiento judicial inglés me impresionaron todavía menos que las ponderadas chapucerías y trucos de la Policía.

La primera anécdota concierne al fiscal general. Casi al principio de la audiencia, el viejo «Modos-Duros» quería demostrar que uno de los manuscritos chinos encontrados en mi piso no era lo que aparentaba ser. Con un floreio histriónico calculado soberbiamente, lo ondeó ante el magistrado. Luego llevó su atención hacia el compartimento secreto. Hubo un silencio mortal en el Tribunal mientras enredaba y manoseaba el rollo para abrirlo, y mientras la sangre se le subía al cuello y a la

cara. Lástima, el delicado mecanismo se resistía a sus amenazas, y un lacayo de su despacho tuvo finalmente que salir en su ayuda para evitarle un prolongado compromiso.

Más tarde fue presentado un experto técnico del Servicio de Seguridad. Dio pruebas de todo lo que hay bajo el sol, desde claves a microdotos y máquinas de escribir. Pretendía que uno de los mensajes cifrados (que todos los expertos criptográficos del Servicio de Seguridad no fueron capaces de descifrar) había sido mecanografiado en esta misma máquina en que estoy ahora escribiendo mis «Memorias». Mi abogado le preguntó: «¿Cuál era la marca de la máquina usada?». El experto le contestó: «Yo no estoy familiarizado con máquinas de escribir, sólo con el material escrito». Estoy esperando el día en que un experto en balística testifique en un Tribunal, bajo juramento: «No estoy familiarizado con pistolas, sólo con balas». Fue uno de los momentos durante la audiencia en que empecé a pensar si soñaría. Después de todo, a los abogados se les paga, es bien sabido, para que digan tonterías pretenciosas sobre materias de las que no saben nada. Pero un experto técnico hablando de su propia profesión... ¡Eso es algo muy distinto!

un mapa peligroso


Algunos lectores recordarán que parte de la audiencia preliminar fue realizada bajo Cámara (N. del T.: Cámara, en Inglaterra, en un juicio, es una sala particular para los jueces). Aquí puedo decir por primera vez lo que realmente transcurre detrás de esas puertas cerradas. Creo que servirá para ilustrar la proposición de que los procesos en Cámara están pensados no sólo para proteger los secretos de Estado, sino también para salvar a los testigos de la acusación de su enfrentamiento con el público.

Al segundo día de audiencia salió a relucir un mapa encontrado en la casa de Houghton. Un tal capitán Symonds, RN, jefe del Departamento de Lucha Submarina (Underwater Warfare Department, en Portland), testificó que podía ser de considerable ayuda para el enemigo. El abogado de Houghton quería, naturalmente, interrogar a Symonds sobre el mapa, pero el fiscal general, en su

(Pasa a la página 66)

OPERACION ESTRELLATO

MARISA MELL



HAOE aún poco tiempo, Marisa Mell era una «starlette» como hay tantas. Por España anduvo, interviniendo en algún film de acción. En el último Festival de San Sebastián ya se la esperaba como estrella, aunque no llegó. En el programa figuraba «Casanova 70», el film de Monicelli protagonizado por Marcelo Mastroianni y en cuyo reparto femenino, bien nutrido como podía esperarse por el título, figuraban, junto a la Mell, actrices ya consagradas, como Virna Lisi o Michèle Mercier. Desde entonces —un plazo brevísimo— la carrera de Marisa ha ido para arriba. Aunque nacida en Austria, cinematográficamente su vida se ha desarrollado entre Francia e Italia. Después de «Casanova 70», y ya como protagonista, ha hecho en París «Objetivo 500 millones» a las órdenes de Pierre Schoendorffer, el realizador de «Sangre en Indochina», y con uno de los intérpretes de éste, Bruno Cramer, como oponente. Ahora, de nuevo al lado de

(Viene de la página 25)

mejor vena, protestó vigorosamente y dijo que no podía ser discutido en público. Sin embargo, era un número demasiado explosivo: en caso de ser discutido, debía de ser discutido en Cámara.

Como resultado de estos cambios portentosos, los periodistas y el público se habían ido a morder las uñas con frustrada curiosidad en una sala de espera. El abogado de Houghton examinó entonces el mapa, sobre el que Houghton le había dado ya, sin duda alguna, información. De repente sonrió y le dio el mapa de nuevo a Symonds.

—Por favor —dijo—. ¿Querría usted leer lo que hay escrito en la esquina derecha de la parte de abajo del mapa?

Symonds se inclinó sobre el mapa y se sonrojó de tal manera que creí que le iba a dar un síncope.

—¿Tengo que leer esto? —preguntó.

—Sí, claro —contestó el magistrado.

Y Symonds leyó con una voz débil, resultado sin duda de toda una vida de borracheras a base de ginebra rosa de Plymouth: «Publicado por la oficina de papelerías de S. Majestad, precio 4/6». (Risas en la sala, como dicen los periódicos.) No necesito decir que no se volvió a oír nada del mapa, y estoy bastante seguro de que algún borrico descuidado de la oficina del fiscal general recibió una buena bronca esa misma tarde, por no hablar de las caras rojas del Servicio de Seguridad y de la sección especial. El episodio me asombró. ¿Cómo era posible que gente en principio competente —o que se supone competente—, especialmente preparados, trabajando sobre las pruebas de lo que se suponía un caso de primera importancia, cometieran tales planchazos elementales?

La audiencia preliminar duró tres días. Al final de la misma, el magistrado nos citó para juicio en Old Bailey.

Mi abogado me dijo al principio que el juicio empezaría el 7 de marzo, ante mister Justice Hilberry (deletreo su nombre de oídas). Pero dos días antes de la fecha me enteré de que lord Chief Justice Parker había decidido juzgarnos él mismo. La fecha fue, por lo tanto, pospuesta. Este iba a ser el primer caso criminal de lord Parker desde que había llegado a ser lord Chief Justice.

Por fin, nuestro juicio empezó el 13 de marzo de 1961. Digo «por fin» porque así era como me sentía exactamente en aquellos momentos. En lo que a mí se refería, la cosa estaba clara: cuanto antes acabase el juicio, mejor para mí. Como ya he dicho, mis consejeros legales me indujeron a pensar que iba a ser sentenciado a catorce años de prisión, y yo ya había hecho planes para usar el amplio tiempo libre que iba a tener —por primera vez en mi vida— como resultado de la inmovilidad forzosa. Como ya he dicho en otra ocasión, no hay nada que aborrezca más en la vida que la inactividad, y estaba determinado a no sufrir esa situación, incluso a pesar de estar confinado. La vida en una prisión, estaba seguro, sería un objeto interesante de estudio y, en lo que a mí se refería, una experiencia totalmente nueva. Al mismo tiempo, no hace falta decir que no miraba con entusiasmo la perspectiva del largo «descanso» que me esperaba.

Para adelantar cuáles eran mis sentimientos durante el juicio, tengo que decir que consistían, por partes iguales, en interés y en diversión, lo último salpicado de ligeros toques de desprecio. No es mi intención ofender los sentimientos de aquellos ingleses que están orgullosos de los atavíos y las galas que acompañan a la administración de la justicia en su país: las pelucas, los mantos flotantes, el ceremonial portentoso. Sé que también están orgullosos de la ley inglesa, con su extrañísima mezcla de estatuto y «Common Law», que, no hace tanto, condenó como delito capital el robo de ovejas. Pero, por mi parte, estoy acostumbrado a un sistema legal que da prioridad al contenido sobre la forma; que no explota el ceremonial para intimidar a los vulgares mortales. Mi formación es de tal manera, que me resulta imposible impresionarme por lo que los americanos llaman «Gobbledegook» (quiere decir algo así como «tragapavos», N. del T.) y este ambiente fue el que reinó a lo largo del juicio.

Lord Chief Justice, con sus labios pálidos que dibujaban una sonrisa fina imperceptible, miraba con los ojos brillantes a través de sus gafas. La única ocasión en que me recordaba a Themis, la diosa de la justicia, era cuando se iba de la sala con su túnica estrecha de pecho y ancha por abajo, flotando alrededor de sus estrechas caderas de un modo que sugería fuertemente una personificación femenina. Después estaba la figura acusadora del fiscal general. En traje de paisano, parecía presentar una apariencia más o menos normal. Pero con su peluca y su toga, tenía un parecido indeleble con «La tía de Carlos». Toda la representación, y especialmente la de lord Parker, me traía a la memoria de manera irresistible el dicho de Somerset Maugham de que los jueces deberían llevar siempre consigo una hoja de papel higiénico, para recordarles que son seres humanos. Desde mi punto de vista, el uso que hacen de plumajes extravagantes para colocarse por encima de los hombres corrientes, lo único que hace es dejarlos en ridículo. Los dramas humanos son más impresionantes que las charadas.

Después del problema de la composición del jurado (uno de los abogados sacó a relucir la incomprensible objeción al hecho de que hubiera mujeres en el jurado) empezó el juicio. El fiscal general tenía su día bueno; me «el entre dientes cuando vi que sacaba el pergamino chino ya abierto. Luego fue el turno del superintendente Smith, y yo estaba asombrado por el cambio que había sufrido su comportamiento. Estaba nervioso, con una voz titubeante y tímida. Ya no era el perro de presa de Scotland Yard, sino más bien un muchacho de escuela que estaba sentado para su examen más importante. Sus maneras me recordaron lo que me habían dicho de él

SIGUE

si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!



SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ



SU INTIMIDAD ES ALGO QUE SOLO LE PERTENECE A USTED

Sus ventanas no deben ser un escaparate donde su intimidad esté constantemente expuesta a la curiosidad de todos...
Las persianas LEVOLOR son los celosos guardianes de su intimidad, al mismo tiempo que ponen una nota de elegancia en su hogar.

PERSIANAS

LEVOLOR
"HOFESA"

SON PARTE DE SU HOGAR

Es un producto de "HOFESA" - Vitoria

**"Ya puedo llevar medias Descanso incluso
en fiestas de noche. Las medias Supp-hose VYRENE®
son finisimas y me descansan tanto
como mis otras Supp-hose;
a pesar de que son más delicadas."**




foto Studio Pareda

Supp-hose VYRENE®

las medias Descanso con la maravillosa fibra elastica

Fábrica de medias **Platino**

SOCIEDAD ANONIMA SANLEHI  La empresa española entregada plenamente a la innovación

TIEMPO/SYNER.GIF

la noche de mi arresto mientras estaba incomunicado. «Smith se retirará pronto. Tiene la esperanza de conseguir un OBE (condecoración Officer of the British Empire) después de su caso, e incluso a lo mejor promociona a superintendente jefe». Sin duda erró en la prueba, porque le retiraron pronto sin señales de distinción. La causa de su incomodidad era un misterio para mí, pues las pruebas se las daban en bandeja. De hecho, quien aportaba las pruebas por él era el fiscal general y todo lo que le quedaba por hacer era denegar y decir: «Sí, yo vi a Lonsdale allí», y «sí, yo estaba allí en el momento especificado». Es difícil imaginarse cómo podía equivocarse en esas circunstancias.

desfile de testigos

Fueron apareciendo testigo tras testigo ante el tribunal, confirmando toda clase de pruebas circunstanciales aportadas por el fiscal general. Este último, de vez en cuando parecía incapaz de pronunciar una palabra sin consultar antes un cajón puesto a su lado por los subordinados. De vez en cuando descendía de su pedestal en favor de su «junior», Mr. Griffiths-Jones, QC (cargo honorífico, Queen's Council, Consejo de la Reina, N. del T.), que tenía una reputación parecida a la de «El amante de lady Chatterley». También había un sub-«junior», cuyo nombre no recuerdo en este momento. (Su papel en el juicio se me escapó en aquel momento; quizá fuera el recopilador del cajón.) Es importante señalar que no salió a relucir una sola palabra que probase que yo, o cualquiera de los acusados, hubiéramos pasado jamás información secreta a un enemigo potencial.

Hubo varios testigos cuyas pruebas no tenían relación alguna con el asunto de que se trataba. Por ejemplo, se encontró una película minox en mi piso. El distribuidor principal de Minox Films en Gran Bretaña salió a relucir como un «testigo sorpresa». Testificó que, a juzgar por el número de la caja, el film no podía haber sido comprado en Inglaterra antes de una cierta fecha. Yo había informado ya a mi abogado de que había comprado el film en Suiza seis meses antes de la fecha mencionada por el testigo.

Por lo tanto, le preguntó al testigo si podía decir cuándo podía haber sido comprado el film en otros países fuera de Gran Bretaña. El testigo replicó que sólo era competente para hablar del Reino Unido. Su testimonio ciertamente me sorprendió por su irrelevancia, y sospecho fuertemente que también sorprendió al jurado.

Por último, le llegó a Houghton el turno. Se sentó en el banco de testigos. Pasó allí un día y medio, y cuanto más estaba, peor andaba la cosa, sobre todo para él. En primer lugar, se vio claramente que me conocía desde mucho antes de seis meses, que era lo que pensaba la acusación. En segundo lugar, admitió que había sugerido a Smith «ponerse bajo la Declaración de la Reina», o sea, comprar su inmunidad testificando contra todos nosotros, incluida miss Gee. De hecho, Gee era el único de los acusados que podía haber salido perjudicada por su declaración. El me conocía a mí como comandante Alec Johnson, de la Marina americana, y la primera vez que se enteró de la existencia de los Kroger fue cuando los vio en la sala de cargos en Bow Street el 8 de enero de 1961. Sin embargo, su cobarde actitud dispuso finalmente cualquier oculta simpatía que hubiera podido todavía sentir por él. No esperaba que mostrase ninguna lealtad hacia mí, pero por lo menos no tenía necesidad de demostrar tan claramente que estaba dispuesto a sacrificar a su «girl-friend». Puedo añadir que nadie se impresionó por su triste historia de que había sido amenazado e incluso golpeado en Portland como parte de la presión ejercida sobre él para que trabajara conmigo. El efecto alcanzado fue exactamente el contrario.

Miss Gee también escogió ir al banquillo de los testigos. También pasó allí más de un día, tres días en total entre los dos. Su pa-

SIGUE



*	
	* A partir del «modulor» de Le Corbusier.

MUEBLES POR ELEMENTOS
ARMARIOS INCORPORADOS
ASIENTOS CONFORTABLES Y LIGEROS
MOBILIARIO DANES • CAMAS
MOBILIARIO INFANTIL
ILUMINACION GALAXIA, VISTOSI (Italia.)
Y LOUIS POULSEN (Dinamarca.)
MOBILIARIO ESPECIAL PARA OFICINA

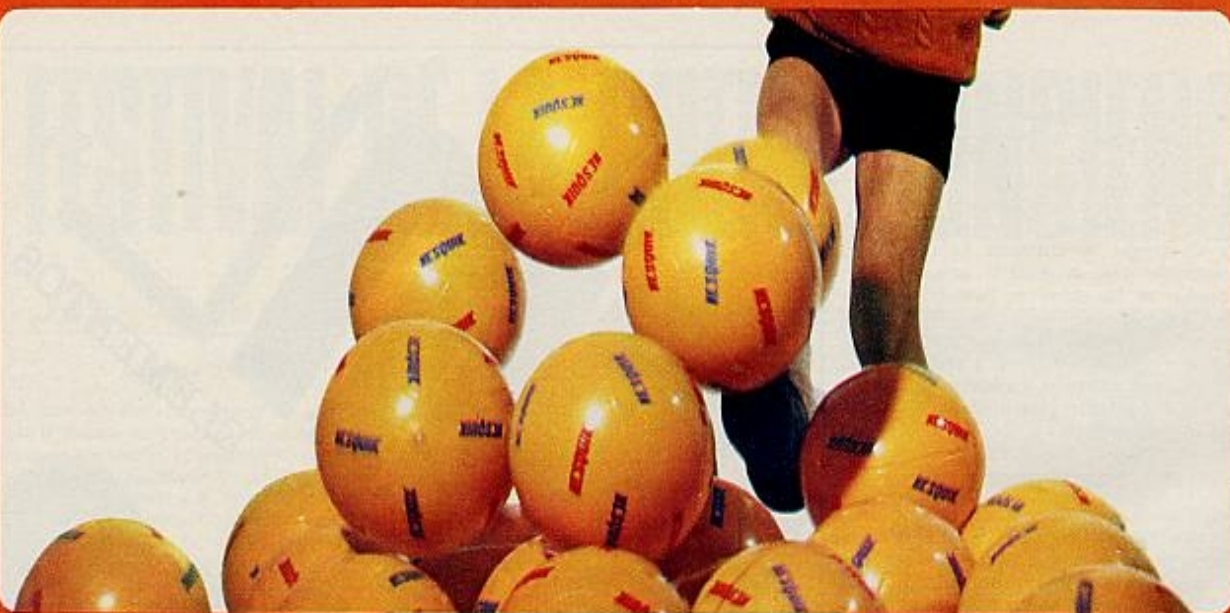


BONO

PARA RECIBIR GRATUITAMENTE
 1 EJEMPLAR DE
 NUESTRA REVISTA DE INTERIORES
ARTE DE VIVIR MINVIELLE

MINVIELLE. APARTADO 3117 MADRID-3
 NOMBRE.....
 DIRECCION.....
 CIUDAD.....

DISTRIBUIDOS POR C.M.G. A TRAVES DE SUS CONCESIONARIOS EN TODA ESPAÑA



Miles y Miles
de Balones en la
Oferta NESQUIK®
BALON GRATIS

LOTES PRECINTADOS DE 2 BOTES
A PRECIO ESPECIAL

"Cada lote lleva un disco"
¡Vea el suyo!
Puede obtener gratis un
balón tamaño fútbol
o participar en un sorteo
de balones.



Haga feliz a su hijo consiguiéndole un balón Nesquik y recuerde que... a él le gusta más la leche con Nesquik... por su delicioso sabor a chocolate Nestlé.

Nesquik es el único que se disuelve al instante y sin formar grumos... Incluso en leche fría. ¡Y cómo les divierte a los niños prepararse ellos mismos su Nesquik!

¡ todos a chocolatear la leche con **NESQUIK!**

tética historia fue que había sido su amor por Houghton, sobre cualquier otro motivo, lo que le había hecho descarriarse. Por mi parte, me inclino a creer que su historia contenía una parte sustancial de verdad, aunque el lord Justice, en su sabiduría olímpica, pensase de otro modo. ¡Nada de toques vulgares! Por lo menos, Gee probó que los valores públicos y las acciones que se encontraron en su casa, fueron adquiridos mucho antes de que ni siquiera hubiera oído hablar de mí. Personalmente, yo nunca le di ningún dinero, y conociendo a Houghton, dudo mucho que ella recibiera algo de su parte.

en favor de los kroger

Los Kroger y yo decidimos no ir al banquillo de los testigos. Era bastante obvio que semejante paso no nos hubiera sido útil en absoluto; y yo tenía intención de ser superinterrogado bajo juramento por el fiscal general y sus esbirros. Pero decidí usar de mi derecho de hacer una declaración desde el banquillo de los acusados en un intento de evitar un terrible perjuicio que amenazaba a mis inocentes amigos, los Kroger. Esto es lo que dije:

Hago esta declaración porque estoy ansioso de que Mr. y Mrs. Kroger no sufran ninguna consecuencia por lo que yo he hecho poniendo mi propiedad en su propia casa. Conozco a los Kroger desde 1955. Después de cierto tiempo, me hice muy amigo de Peter Kroger, y durante los dos o tres últimos años les he visitado a menudo y a veces he pasado los fines de semana en su casa.

Cuando quiera que se iban de la casa de Ruislip, Peter Kroger me dejaba las llaves y me pedía que permaneciera en su casa, donde tenía libros antiguos por valor de varios miles de libras. Sabía que yo vivía en un piso muy pequeño de un hotel residencial, donde varios miembros del personal habían confundido las llaves de unos pisos con otras. Yo usaba este piso como una excusa para guardar en la casa de los Kroger algunas propiedades; por ejemplo, mi máquina Praktina que valía unas 200 libras, varios instrumentos fotográficos y algunos otros artículos. En julio del año último le regalé a Mr. Kroger como regalo de cumpleaños un mechero y un par de fundas de libros de madera que parecían ser artículos caseros corrientes. Como han visto ustedes, esos artículos tenían compartimentos secretos que contenían varios objetos que han sido presentados aquí como pruebas. Incluso un examen rutinario mostraría que los planos de señales encontrados allí eran un «set» de reserva duplicado de planos encontrados en mi piso. Resumiendo, quisiera poner en claro que las pruebas siguientes ni me pertenecen a mí ni se las di yo a los Kroger —el mechero Ronson, el microscopio, la redoma, el flash, la lata de talco, y varias piezas de papel, y 2.563 dólares USA encontrados en el ático—.

He usado a menudo el cuarto de baño de los Kroger como laboratorio fotográfico. Algunos de los productos químicos encontrados en la casa me pertenecen. Una vez estuve realizando algunos experimentos de microfotografía. La cinta de celofán fue resultado de esos experimentos. Mientras estuve en su casa hice a veces uso de la máquina de escribir de los Kroger y, ciertamente, una de las pruebas exhibidas aquí, era un documento escrito por mí en su máquina.

Una vez, cuando los Kroger no estaban, construí el escondite encontrado en el sótano de la casa, y deposité allí el transmisor de radio y otros artículos de almacenaje para largo plazo.

Puse gran cuidado para no dejar trazas de su existencia. Sabía que si se descubría el contenido del escondite, metería a mister y Mrs. Kroger en un lío muy serio. Decidí obtener pasaportes falsos que pudieran ser usados por los Kroger si tuviera lugar tal situación.

Les hice unas fotografías a Mr. y Mrs. Kroger, y las inserté en los pasaportes. Estaban escondidos en un montón de hojas de papel que yo metí en casa de los Kroger. Si la Policía ha comprobado las huellas dactilares del transmisor, no habrán podido encontrar huellas de los Kroger.

El día 7 de enero, sábado, el día de nuestro arresto, yo había salido de compras con Mrs. Kroger, que se compró una colcha. El dependiente me dio a mí las notas de entrega. Cuando llegué a casa, me encontré con que me había olvidado de entregárselas a Mrs. Kroger, y decidí guardarlas para mayor seguridad. Mientras estábamos de compras, le di a Mr. Kroger un sobre grande y le pedí que lo llevara a la casa. Contenia cosas importantes, y no quería llevarlo a un «party» al que iba a ir esa tarde.

Me doy perfecta cuenta de que es demasiado tarde para resarcirlos ahora, pero me parece que lo menos que puedo hacer en estas circunstancias es aceptar plena responsabilidad por mis acciones, independiente de las consecuencias.

Cuando me senté de nuevo, me di cuenta del murmullo de aprobación que pasó por la sala. Todos los ojos estaban fijos en mí, y en muchos de ellos detecté una nueva mirada de aprobación. En aquel momento, no me podía explicar cómo una simple declaración de la verdad podía esperarse que arrastrara consigo resonancias de carácter moral. Después de todo, yo sólo pretendía ayudar a dos personas inocentes. Fue después, estudiando los comentarios de la prensa inglesa sobre el juicio, cuando descubrí la razón de la actitud cercana al respeto con que el público había recibido mi declaración. Al parecer yo había tenido «un gesto deportivo», como si mi enfrentamiento con la ley inglesa hubiera sido algo así como un partido de cricket. En lugar de tomar mi acción en su verdadero valor, los periódicos lo comentaban en términos como: «Buen juego, señor», o de parecidas palabras. Supone una sensación de frustración que le interpreten a uno tan equivocadamente. Aquí sólo puedo repetir lo que dije en aquellos momentos: que mi declaración era la verdad y nada más que la verdad.

una condena sorprendente

En realidad, no estoy demasiado conforme con la forma final de mi declaración. Antes de hacerla, la enseñé a mi abogado y a Mr. Victor Durand, QC, que defendía a los Kroger. Mr. Durand me presionó para que no mencionara los 2.000 dólares que habían desaparecido misteriosamente en el momento de nuestro arresto. Me dijo que la mención del robo posiblemente no nos ayudaría y sólo conseguiría poner más agrio al juez. Francamente, creo que fue un mal consejo, y siento haberlo aceptado. Hubiera sido muy difícil poner al juez más agrio de lo que ya estaba. Parecía que se lavaba los dientes con angostura.

Es interesante mencionar aquí que los pendientes de diamantes de Helen Kroger valorados en varios cientos de dólares, tal como nos enteramos después, también desaparecieron. Un tanto más para la incorruptibilidad de la policía inglesa. En realidad, la población penal de Gran Bretaña incluye a una proporción apreciable de policías. Tomando a los prisioneros profesión por profesión (y dejando a un lado a los delincuentes habituales) sólo los traficantes de coches superarían en número a los policías.

Me dijo en cierta ocasión un abogado inglés que es una práctica de la policía inglesa aceptada por todos el que ésta retenga del quince al veinte por ciento de cuanto recuperen. «Tomemos, por ejemplo, cien cajas de whisky o de cigarrillos o de lo que sea —me dijo—. Si esta mercancía es robada, nunca se oye que se recobre más de 80 u 85 cajas». En aquel momento, no podía creer en lo que oían mis oídos, pero más tarde, en la prisión, gente con experiencia personal me convenció de que las estimaciones de mi informante se

quedaban cortas. Ya he descrito los intentos de la policía de anotar mi pluma Parker como «un bolígrafo», y la anotación que hicieron del mechero de oro de Houghton como «cobre». Estos son ejemplos elocuentes de la determinación de la policía de anotar mi pluma Parker como «un botajado».

Hacia el 23 de marzo se acabaron los tediosos trámites. Sólo quedaba un alto en el camino del trabajo de la acusación. Una hora después de irse el jurado, se convocó de nuevo a todo el tribunal, y el presidente preguntó al juez una cuestión: Si, tratándose de un cargo de conspiración, era posible declarar al marido culpable y a la mujer no culpable. El lord Chief Justice dio una respuesta pronta y sucinta de treinta minutos de duración... Aunque yo mismo tengo los estudios de abogado, no pude conseguir entender si la respuesta era sí o no. Más tarde pregunté a un procurador cómo era posible que los miembros del jurado entendieran la respuesta de lord Parker si incluso los abogados la encontraban oscura. «No sería lord Chief Justice si sus contestaciones fueran inteligibles», fue la contestación.

Aunque yo era tercero en la lista de los defendidos, lord Parker empezó por mí. Tuve el tiempo justo de sentir cierta satisfacción por esto. En la creencia de que el castigo máximo que podía imponerse era de catorce años, estaba claro que los otros obtendrían menos. Pero la esperanza fue de breve duración.

Cuando el juez pronunció las palabras «veinticinco años» todo el mundo abrió la boca, a pesar de que muchas de las personas allí presentes eran endurecidos periodistas de todas las partes del mundo. La sentencia hizo historia legal, como decían mis abogados; y parecían incluso complacidos por haber jugado un papel en este fragmento de «historia». Plense uno lo que piense del baile que se traen los jueces ingleses, del derecho escrito a la Common Law y de ésta al anterior, en la justificación de sus sentencias más fuertes cada vez, hay una cosa clara: las sentencias no están basadas en la ley; se imponen con el solo propósito de desanimar a los ofensores potenciales en el futuro. Así, Nunn May recibió diez años en 1946; Fuchs, catorce años en 1950; yo, veinticinco en marzo del 61, y Blake, cuarenta y dos años un par de meses después de mí. No pasará mucho tiempo, creo yo, antes de que se imponga una sentencia de cincuenta años por espionaje. Pero entonces la justicia inglesa habrá alcanzado el límite. Hay una pequeña diferencia entre una sentencia de cincuenta años y otra de cien o de mil. ¡Pobrecito lord Parker, cuando alcance ese límite!

Los inocentes Kroger fueron condenados a veinte años cada uno; Houghton y Gee, a 15 cada uno. Poco después de que nos hubieran llevado a las celdas, nos volvieron al tribunal. El lord Chief Justice había pensado que noventa y cinco años de encarcelamiento no era suficiente, y que por lo tanto debía imponernos la sentencia adicional de pagar los costes de la acusación, justo para que se viera, supongo, que su mente era tan mezquina como tortuosa. Hasta el punto que yo estoy enterado, éste fue un paso sin precedentes en un caso de su naturaleza.

En el camino a la prisión de Su Majestad en Wormwood Scrubs, uno de los carceleros, al que había llegado a conocer bastante bien durante mi estancia de dos meses y medio en Brixton, me dijo que habían hecho apuestas sobre lo que nos impondrían. La opinión general de esos experimentados observadores, que estaban presentes en el juicio todos los días, era de que a mí me pondrían diez años y a los otros siete u ocho. Estaban todos tan rebasados que cancelaron las apuestas y se desvolvieron los fondos.